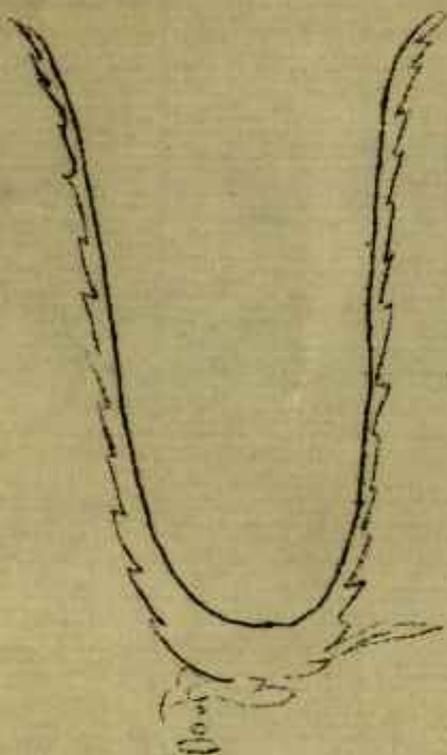


1975



Las  
águilas  
vuelan solas.  
Los borregos van  
en manada y necesi-  
tan pastor.

Utopia

REVISTA  
ANARQUISTA

# El mito del PARTIDO

## INTRODUCCION

Con este trabajo no pretendemos dirigirnos a un "lector, a un "público, sino que nos dirigimos a los que están con nosotros, a los que podrían castarlo o que lo estarán, en particular, a todos aquellos que desean romper las cadenas del Estado, la Familia, la Propiedad y el Salario; combatiendo, al mismo tiempo, a quienes pretendan imponernos otras nuevas.

### LA REVOLUCION NO ES OBRA DE LOS PARTIDOS

Las revoluciones de tipo social no son efectuadas por "partidos", grupos o cuadros: aparecen como el resultado de fuerzas históricas y contradicciones que ponen en actividad a amplios sectores de la población. Se traducen no solo -como afirma Trotsky- porque las masas hallen insoportable la sociedad existente, sino también a consecuencia de la tensión entre lo actual y lo posible, entre lo que "es" y lo "que podría ser". La sola miseria objetiva no produce revoluciones. La mayor parte de las veces ocasiona una desmoralización inútil o lo que es peor, la lucha privada y personal para sobrevivir.

La revolución rusa de 1917 gravita en la conciencia de todos como una pesadilla, porque fue en gran parte la consecuencia de "insostenibles condiciones", de una devastadora guerra imperialista. Los sueños en ella contenidos fueron pulverizados por una guerra civil aún más sangrienta, por el hambre y la traición. Lo que emergió de la revolución fue la ruina, no de la vieja sociedad, sino de la esperanza de construir una nueva. La revolución rusa falló al sustituir el zarismo por el Capitalismo de Estado. Los bolcheviques fueron las trágicas víctimas de su ideología y en gran número pagaron con sus vidas durante las purgas de los años treinta. Intentar adquirir una sabiduría total de ese frustrado intento revolucionario es ridículo. Lo que podemos aprender de las revoluciones del pasado es lo que todas ellas tienen en común y sus profun-

das limitaciones, si se comparan con las enormes posibilidades que ahora se abren ante nosotros.

El rasgo más sorprendente de todas las revoluciones pasadas es que se iniciaron espontáneamente. Tanto si se examina los prolegómenos de la revolución francesa de 1789, como si se estudia la de 1848, la Comuna de París, la revolución rusa de 1905, la caída del zarismo de 1917, la revolución húngara de 1956 o la revolución del Mayo-francés, las fases iniciales son generalmente idénticas: período de fragmentación que se transforma espontáneamente en una insurrección popular. Que esta triunfe o no depende de su resolución, o de si el Estado puede emplear con eficacia su fuerza armada, es decir, si las tropas pueden ser lanzadas contra el pueblo.

El "glorioso partido", allí donde existe, va casi invariablemente detrás de los acontecimientos. En Febrero de 1917, la organización bolchevique de Petrogrado se opuso a la declaración de huelga, precisamente en el momento mismo en que la revolución estaba destinada a expulsar al Zar. Afortunadamente, los trabajadores ignoraron la "dirección" bolchevique y proclamaron por doquier la huelga. En los acontecimientos que siguieron nadie se vio más sorprendido por la revolución que los partidos "revolucionarios", incluyendo los bolcheviques. Lo recuerda el líder bolchevique Kayurov, con estas palabras: "no hubo en absoluto ninguna directriz del partido... El Comité de Petrogrado había sido detenido y el representante del Comité Central, camarada Shliapnikov, era incapaz de dar iniciativa alguna para el siguiente día". Lo cual acaso fuera un hecho afortunado: antes de la detención del Comité de Petrogrado, la evaluación que este hacía de la situación y de su papel en ella era tan deplorable, que de seguir los trabajadores sus orientaciones es dudoso que la revolución se hubiera producido cuando lo hizo.

#### FRANCIA—1968

Idénticas historias podríamos aducir en las revoluciones que precedieron a la de 1917 y en las que siguieron. Citaremos solamente la más reciente: la revolución estudiantil y la huelga general en Francia durante Mayo-Junio de 1968. Existe una clara tendencia a olvidar que cerca de una docena de partidos de tipo bolchevique, "altamente centralizados" existían en París en este momento. Repetirse se menciona que cada uno de estos grupos de "vanguardia" despreciaban

Existe una tendencia a olvidar que cerca de una docena de partidos de tipo bolchevique, "directamente centralizados" existían en París en ese momento. Rara vez se menciona que cada uno de estos grupos de "vanguardia" despreciaban la rebelión estudiantil del 7 de Mayo, cuando las luchas en la calle se iniciaron de verdad. Los trotskistas de la JCR fueron una notable excepción, si bien se limitaron a dejarse llevar por los acontecimientos, siguiendo en lo sustancial las directrices del Movimiento 22 de Marzo. Hasta el 7 de Mayo todos los grupos maoístas criticaron la revuelta estudiantil, como algo periférico y sin importancia. Los trotskistas del FER lo consideraron como "aventurista" y trataron de hacer abandonar las barricadas a los estudiantes el 10 de Mayo; el Partido Comunista por supuesto, jugó un papel de completa traición. Se hallaba cautivado por el movimiento popular, pese a distar mucho de admitirlo. Es sarcástico que la mayoría de esos grupos bolcheviques se dieran a la tarea de maniobrar sin poder alguno en las asambleas estudiantiles de la Sorbona, en un esfuerzo por controlarlas, e introdujeran en ellas elementos de discordia que acabaron por desmoralizar a todo el conjunto. Después, para completar el sarcasmo, todos estos grupos bolcheviques se pusieron a charlar acerca de la necesidad de una "dirección centralizada" cuando el movimiento colapsó—un movimiento que se produjo muy a pesar de sus directrices y, en oposición a ellas.

Las revoluciones y rebeliones de alguna importancia, no solamente revelan una fase espléndidamente anárquica, sino que tienden también, espontáneamente, a crear sus propias formas de autogobierno revolucionario. Las secciones parisienses de 1793-4 fueron las más notables formas de autogobierno creadas por cualquier revolución social en la historia. Una forma más conocida: los consejos, o soviets, establecidos por los trabajadores de Petrogrado en 1905. Aunque menos democráticos que las secciones, un consejo estaba destinado a reaparecer años más tarde en algunas revoluciones. Sin embargo, otras formas de autogobierno, o autogestión revolucionaria fueron los comités de Fábrica establecidos por los anarquistas en la revolución española de 1936. Finalmente, las secciones reaparecieron en las asambleas de estudiantes y en los comités de acción durante la revuelta y la huelga general de París, en Mayo-Junio de 1968.

Llegados a este punto debemos preguntar qué papel desempeña el "partido revolucionario" en todos esos desarrollos. Para comenzar, hemos visto que tiende

a tener una función inhibitoria, en modo alguno de "vanguardia". Allí donde existe o ejerce influencia tiende a refrenar el flujo de los acontecimientos, no a "coordinar" las fuerzas revolucionarias. Esto no es casual. El Partido está estructurado de acuerdo con las líneas jerárquicas que refleja la sociedad misma a la que pretende oponerse. Posee a sus pretensiones teóricas es un organismo burgués, un Estado en miniatura con un aparato un cuadro cuya función es tomar el poder, mas no disolverlo. A fin de el período revolucionario, asimila todas las funciones técnicas y mentalidad de la burocracia. Sus miembros están educados en la obediencia, en los conceptos preformados de un dogma rígido, y enseñados a reverenciar, el liderismo. Este liderismo o función dirigente del Partido, a su vez, se basa en costumbres nacidas del modo, la autoridad, la manipulación y la hegemonía. Esta situación empeora cuando el Partido participa en elecciones parlamentarias. Debido alas exigencias de las campañas electorales, el Partido acaba de modelarse a sí mismo, totalmente de acuerdo con las formas existentes o incluso adquiere los atavíos externos del Partido electoral. La situación se deteriora aún mucho más cuando el Partido adquiere grandes medios de propaganda, costosos cuarteles generales, numerosos periódicos controlados rígidamente por la cúspide, y un "Aparato" pagado; en resumen, una burocracia con intereses creados.

### LA JERARQUIA DEL MANDO

A medida que el Partido crece, la distancia entre la dirección y los hombres de base se acrecienta fatalmente. Los líderes no solamente se convierten en "personajes", sino que pierden contacto con la situación viva en las filas bajas. Los grupos locales, que conocen su situación de cada momento mejor que cualquier líder remoto, se ven obligados a subordinar su visión directa a las directrices de arriba. Los dirigentes, que carecen de todo conocimiento directo de los problemas locales, responden rutinaria y cautamente. Si bien reclama una mayor amplitud de miras y justifica una mayor "competencia teórica" propia, la competencia del líder tiende a disminuir cuanto más asciende en la jerarquía de mando. Cuando más nos acercamos al nivel donde se toman las decisiones "reales", mejor observamos el carácter conservador del proceso que elabora las decisiones, cuanto más burocrático y ajenos son los factores que entran en juego tanto más las consideraciones de prestigio y el atrincheramiento suplen la

creación, la imaginación y la dedicación desinteresada a los objetivos revolucionarios.

El resultado es que el Partido se hace menos eficiente desde un punto de vista revolucionario, cuanto más busca la eficiencia de la jerarquía, los cuadros, y la centralización. Aunque todos vayan al paso, las órdenes suelen ser en general equivocadas, sobretodo cuando los acontecimientos empiezan a fluir rápidos y a tomar giros inesperados, lo cual sucede en todas las revoluciones. El Partido solamente es eficiente en un sentido: en el moldear a la sociedad de acuerdo con su propia imagen jerárquica si la revolución tiene éxito. Crea la burocracia, la centralización y el Estado. Alienta las condiciones sociales que justifican ese tipo de sociedad. De aquí que en vez de desaparecer progresivamente, el Estado, controlado por el "glorioso Partido" preserva las condiciones esenciales que necesita la existencia de un Estado y de un Partido para "guardarlo".

Por otra parte, este tipo de Partido es extremadamente vulnerable en períodos de represión, la burguesía no tiene sino que echar mano a la dirección para aniquilar todo el movimiento. Con los líderes en prisión u ocultos, el Partido queda paralizado. Los obedientes adheridos no tienen a quien obedecer y tienden a dispersarse, la desmoralización sobreviene rápidamente. El Partido se descompone, no sólo por su atmósfera, sino también por la escasez de recursos internos.

Las anteriores afirmaciones no son meras hipótesis o juicios, sino el resumen histórico de todos los partidos marxistas de masas del siglo pasado—los socialdemócratas, los comunistas y el partido trotskista de Coilán, el único partido de masas en su género. Pretender que estos partidos dejaron de interpretar seriamente los principios marxistas no basta para impedir otra pregunta: ¿Por qué este hecho se dio por primera vez? El caso es que esos partidos degeneraron porque estaban estructurados según los modelos burgueses. El germen de la degeneración lo llevaban implícito desde su nacimiento.

El partido bolchevique escapó a esta suerte entre 1904 y 1917 por una razón: fue una organización ilegal durante la mayor parte de los años que con-

dujeron a la revolución. El partido se veía continuamente destruido y reconstruido, de manera que hasta que no tomó el poder no pudo cristalizar en una máquina plenamente centralizada, burocrática y jerárquica. Por otra parte, se hallaba minado por las facciones. Esta intensa atmósfera de facción persistió a lo largo de 1917, hasta la guerra civil, aunque la dirección del Partido era extremadamente conservadora, un rasgo que tuvo Lenin que combatir aquel año, primero para volver a orientar el Comité Central contra el Gobierno Provisional (el famoso conflicto de las Tesis de Abril), y luego para empujar aquel organismo a la insurrección en Octubre. En ambos casos, tuvo que amenazar con dimitir del Comité Central y llevar sus puntos de vista a "los niveles más bajos del Partido".

### DISPUTA ENTRE LAS FACCIÓNES

En 1918 las disputas entre facciones cobraron tal gravedad acerca del tratado de Brest-Litovsk, que el partido bolchevique estuvo a punto de escindirse en dos partidos comunistas irreconciliables. Los grupos de la Oposición Bolchevique, así como los Democratas Centralistas y la Oposición Obrera, rifaron duras luchas dentro del partido bolchevique a lo largo de 1919 y 1920, sin hablar de los movimientos de oposición que se desarrollaron en el Ejército Rojo debido a la tendencia de Trotsky hacia la centralización. La completa centralización del partido bolchevique -la realización de la "unión leninista", como sería denominada más tarde- no se efectuó hasta 1921, cuando Lenin consiguió persuadir al décimo congreso del partido de la necesidad de proscribir las facciones. A esta altura, la mayoría de los guardias blancos habían sido aplastados y los intervencionistas habían retirado sus tropas de Rusia.

No nos cansaremos de subrayar que los bolcheviques tendieron a centralizar de tal modo su partido, que cada vez se hallaron más aislados de la clase obrera. Esta relación raramente ha sido investigada en los círculos bolcheviques de los últimos días de Lenin, y éste fue lo suficientemente honesto para reconocerlo. La Revolución Rusa no se limita a la historia del partido bolchevique y sus seguidores. Bajo la marea de acontecimientos oficiales descritos por los historiadores soviéticos hay otros más esenciales, como el movimiento espontáneo de los trabajadores y campesinos revolucionarios, que posteriormente se enfrentarían con violencia a la burocracia policíaca de los bolcheviques. Al caer el zarismo,

en febrero de 1917, los trabajadores establecieron espontáneamente comités en casi todas las fábricas de Rusia y manifestaron un creciente interés por intervenir en la marcha de las empresas; en junio de 1917, en la conferencia de comités de fábrica de toda Rusia, celebrada en Petrogrado, los trabajadores pidieron "la organización de un estrecho control de trabajo sobre la producción y la ~~producción~~ distribución". Las conclusiones de esta conferencia rara vez son mencionadas en los informes leninistas acerca de la revolución rusa, pese a que la propia conferencia se alineó con los bolcheviques. Trotsky, que describe los comités de fábrica como "la más directa y genuina representación del proletariado de todo el país", toca sólo superficialmente el tema en los tres volúmenes de su historia de la revolución. Sin embargo, estos organismos espontáneos de autogobierno eran tan importantes que Lenin, desconfiando de lograr el control sobre los consejos en aquel verano de 1917, estaba dispuesto a abandonar la consigna "todo el poder para los soviets" por el de "todo el poder para los comités de fábrica". Esta posición habría empujado a los bolcheviques hacia una actitud totalmente anarcosindicalista, aunque es dudoso que hubieran podido permanecer en ella mucho tiempo.

#### FIN DEL CONTROL OBRERO

Al sobrevenir la revolución de Octubre, los comités de fábrica se apoderaron de los centros de trabajo, expulsando de ellos a la burguesía, y establecieron un control completo sobre el trabajo. Al aceptar el control obrero, el famoso decreto de Lenin del 14 de Noviembre no hacía otra cosa que reconocer un hecho consumado; los bolcheviques no se atrevían a oponerse a los trabajadores en fecha tan temprana, pero empezaron a zafar el poder de los comités de los comités de fábrica. En enero de 1918, a los dos meses escasos de "decretar" el control obrero, los bolcheviques transfirieron la administración de las fábricas a la burocracia de los sindicatos. La historia de que los bolcheviques experimentaron pacientemente el control obrero hasta que este se demostró su ineficacia y cótico carácter, es un mito. La "paciencia" de los bolcheviques sólo duró unas semanas. No se limitaron a poner fin al control directo de los trabajadores unas semanas después del decreto de noviembre sino que pusieron, también fin, a no mucho tardar, al control sindical. Hacia la primavera de 1918 prácticamente toda la industria rusa se hallaba colocada bajo formas burguesas

de administración. Lenin afirmó sumariamente que "la revolución exige... precisamente en interés del socialismo, que las masas deben obedecer ciegamente a la sola voluntad de los dirigentes del proceso del trabajo". El control obrero fue denunciado no sólo como "caótico" o "impracticable", sino también como "pequeño-burgués".

Osinsky, de la Izquierda Comunista, denunció amargamente todas esas espúreas declaraciones y advirtió al partido: "el socialismo y la revolución socialista deben ser establecidos por el proletariado mismo, o no se establecerá en modo alguno: en su lugar se instalará otra cosa: el capitalismo de Estado". En nombre de los "intereses del socialismo" el partido bolchevique apartó al proletariado de todo aquello que había conquistado con su esfuerzo, sangre e iniciativa. El partido no coordinó la revolución ni la dirigió: simplemente, la dominó. Primero el control sindical, fueron reemplazados por una compleja jerarquía como cualquier otra de los tiempos prerrevolucionarios. Como demostrarían los años venideros, la profecía de Osinsky se convertiría en amarga realidad.

El problema de quién prevalecería —el partido bolchevique o el pueblo ruso— no se limitaba en modo alguno a las fábricas. El desenlace se dio tanto en las comarcas rurales como en las ciudades. Una espontánea guerra campesina había hallado respaldo en el movimiento de los trabajadores. Contrariamente a lo afirmado en los informes leninistas oficiales, la rebelión agraria no limitó sus fines a la redistribución de la tierra en lotes privados. En Ucrania, los campesinos influidos por las milicias anarquistas de Néstor Makhno, establecieron una multitud de comunas rurales bajo el lema anarquista de: "de cada uno según sus fuerzas; a cada uno según sus necesidades". En otros lugares, en el norte y en el Asia soviética, algunos millares de estos organismos fueron establecidos en parte bajo la iniciativa de los socialistas revolucionarios, y en la mayor medida como consecuencia del tradicional impulso colectivista que emergía de la comuna rusa, el Mir. Importa poco si estas comunas eran o no numerosas, o si incluían gran número de campesinos. Lo trascendental es que se trataba de auténticos organismos populares, el núcleo de una moral y un espíritu social muy superiores a los deshumanizantes valores de la sociedad burguesa.

Los bolcheviques reaccionaron con reserva desde el primer momento a estos

organismos o incluso, en ocasiones, los condenaron. Para Lenin, lo preferido, la forma más "socialista" de empresa agrícola era la representada por la granja estatal: de modo literal, una fábrica agrícola en la que el Estado poseía la tierra y los equipos de labranza, y designaba gerentes que alquilaban campesinos por un salario base. Aparece en estas actitudes, hacia el control obrero y las comunas agrícolas, el espíritu y la mentalidad esencialmente burguesas que penetraban en el partido bolchevique, espíritu y mentalidad que trascendían no solamente de sus teorías sino de sus métodos característicos organizativos. En diciembre de 1918, Lenin, lanzó un ataque contra las comunas bajo el pretexto de que los campesinos eran "forzados" a entrar en ellas. En verdad ninguna coerción fue utilizada para organizar aquellas formas anarquistas de autogobierno. Así, Robert G. Wesson, que estudió detalladamente las comunas soviéticas, concluye: "aquellos que entraron en las comunas lo hicieron en su mayoría por voluntad propia". Las comunas, no fueron totalmente suprimidas, pero se limitó su desarrollo hasta que Stalin las integró en la colectivización forzosa de finales de los años veinte y principios de los treinta.

Hacia 1920, los bolcheviques se habían aislado ellos mismos de la clase obrera y campesinas rusas. La eliminación del control obrero, la supresión de la mekhnovina, la represiva atmósfera del país, la infatuada burocracia, la aplastante pobreza material heredada de los años de la guerra civil, todo ello tomado en su conjunto, originó, una profunda hostilidad hacia el gobierno bolchevique. Con el fin de las hostilidades, un nuevo gobierno surgió de las profundidades de la sociedad rusa reclamando una "tercera revolución", no una restauración del pasado, sino el apresante deseo de llevar a cabo los objetivos de la libertad, tanto económica como política que había reunido a las masas en torno al programa bolchevique de 1917. El nuevo movimiento, halló su fuerza más consciente en el proletariado de Petrogrado y en los marineros de Kronstadt. También halló expresión en el partido, el desarrollo de tendencias anticentralistas y anarcosindicalistas entre los bolcheviques hasta el punto de que un bloque de grupos de oposición, orientados en este sentido, alcanzó 124 votos en una conferencia provincial de Moscú, contra 154 partidarios del Comité Central.

El dos de marzo de 1921, los "marineros rojos" de Kronstadt se alzaron en abierta rebelión, levantando la bandera de "la tercera revolución de los trabajadores". El programa de Kronstadt reclamaba elecciones libres para los soviets, libertad de expresión, libertad para los anarquistas, y los partidos socialistas de izquierda, sindicatos libres, y liberación de todos los presos pertenecientes a los partidos socialistas. Las más vergenzosas historias fueron fabricadas por los bolcheviques para explicar esta rebelión, las cuales serían reconocidas en los años posteriores como ignominiosas mentiras. La rebelión fue calificada como una "conspiración de guardias blancos", pese a que la mayoría de los miembros del partido comunista de Kronstadt se unió a los marineros, precisamente como comunistas, denunciando a los dirigentes del partido como traidores a la revolución de octubre. Como afirma Robert Vincen Daniels, en su estudio sobre los movimientos bolcheviques, "los comunistas corrientes eran en verdad tan poco de fiar... que el gobierno no tenía confianza en ellos. El principal cuerpo de tropas empleado fueron los chekistas y los oficiales cadetes de las escuelas militares del ejército rojo. El asalto final a Kronstadt fue dirigido por el Estado Mayor del Partido Comunista. Un amplio grupo de los delegados asistentes al décimo Congreso del Partido, fue enviado precipitadamente desde Moscú con este fin. Tan débil era el régimen internamente que la élite tuvo que hacer este repugnante trabajo

Aún más significativo que la rebelión de Kronstadt fue el movimiento huelguístico que se desarrolló entre los trabajadores de Petrogrado, movimiento que desencadenó el levantamiento de los marineros. Las historias leninistas no cuentan este crítico e importante desarrollo; las primeras huelgas estallaron en las fábricas de Troubotchine el 23 de Febrero de 1921. En pocos días el movimiento se propagó de una fábrica a otra hasta que el día 28 de febrero fueron a la huelga los famosos talleres Putilov, "el crisol de la Revolución". Los trabajadores expresaron no sólo demandas económicas, sino también claras exigencias políticas, adelantándose a lo que reclamarían pocos días después los marineros de Kronstadt. El 24 de febrero, los bolcheviques declararon el "estado de sitio" en Petrogrado y detuvieron a los líderes obreros, reprimien-

do, las manifestaciones de estos con los oficiales cadetes. El hecho es que los bolcheviques hicieron algo más que reprimir un "motín de marineros": aplicaron con la fuerza armada a la propia clase trabajadora. Es en ese momento que Lenin reclamó la extirpación de las facciones en el partido comunista ruso. La centralización del partido fue ahora completa, y, el camino se hallaba preparado para Stalin.

Hemos discutido estos acontecimientos porque conducen a la conclusión que nuestras últimas hornadas de marxistas-leninistas quisieron eludir: el partido bolchevique alcanzó su grado máximo de centralización en los días de Lenin, no para llevar a cabo una revolución o para suprimir el movimiento contrarrevolucionario de la guardia blanca, sino para llevar a cabo una contrarrevolución propia, contra las mismas fuerzas que pretendían representar. Las facciones fueron prohibidas y se creó un partido monolítico, no para evitar una "restauración capitalista" sino para contener el movimiento de las masas obreras hacia la democracia soviética y la libertad social. El Lenin de 1921 se opuso al Lenin de 1917.

De aquí en adelante, Lenin flotó. Este hombre que más que ningún otro trató de basar los problemas de su partido en las contradicciones sociales, se halló a sí mismo intentando a última hora parar la burocratización creada por él mismo. Nada hay más patético y rígidico que el Lenin de los últimos años. Paralizado por un cuerpo simplista de fórmulas marxistas, no se le ocurrieron mejores contramedidas que las de tipo organizativo. Propone la Inspección de Trabajadores y Campesinos para corregir las deformaciones burocráticas en el Partido y en el Estado y aquella Inspección cayó en manos de Stalin, con pleno derecho, la llevó a su mayor esplendor burocrático. Lenin sugirió dos veces la reducción de la Inspección de Obreros y Campesinos y su absorción en la Comisión de Control. Defendió asimismo la ampliación del Comité Central. Estas son las soluciones: ampliar este organismo, abolir este en aquel, este tercer organismo se modifica o se cambia por el otro... Este extraordinario ballet de formas organizativas continuó creciendo hasta su muerte, como si el problema pudiera ser resuelto por medios organizativos. Como afirma Mosche Lewin, un admirador de Lenin: "el líder bolchevique trataba los problemas de gobierno como un ejecutivo de mente rígidamente "leninista". No aplicaba métodos de análisis social al gobierno y se contentaba con entenderlo simplemente en términos de métodos or-

ganizativos o técnicos".

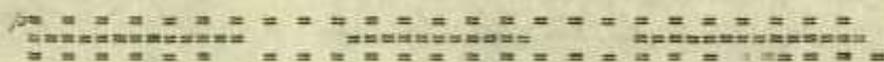
## LOS MEDIOS REEMPLAZAN A LOS FINES

Si es cierto que las revoluciones burguesas "la fraseología desplaza al contenido", en la revolución bolchevique las formas reemplazan al contenido. Los soviets reemplazaron a los trabajadores y a sus comités de fábrica, el partido reemplazó a los soviets, el Comité Central reemplazó al Partido, y el Buró Político al Comité Central. En resumen, reemplazan a los fines. Esta increíble sustitución del contenido por las formas es uno de los rasgos más característicos del marxismo-leninismo. En Francia, durante los acontecimientos de Mayo-Junio de 1968, todas las organizaciones bolcheviques se aprestaron para destruir la asamblea estudiantil de la Sorbona, para acrecentar su propia influencia y reclutar adeptos. Su principal preocupación, no se refería a la revolución o a las auténticas formas sociales creadas por los estudiantes, sino al crecimiento de sus propios partidos. En los Estados Unidos ocurrió otro tanto y una situación se da entre los grupos estudiantiles.

Solamente una fuerza se podía oponer al crecimiento de la burocracia en Rusia: una fuerza social. Si el proletariado y campesinado ruso hubieran acertado a desarrollar el campo de la autogestión a través de comités de fábrica, comunas rurales y soviets libres, la historia del país hubiera podido dar un vuelco radical. No hay duda que el fracaso de la revolución socialista en Europa, después de la primera guerra mundial, llevó a un aislamiento de la revolución en Rusia. La pobreza material de Rusia, junto con la presión del mundo capitalista circundante, iba claramente en contra del desarrollo de una sólida sociedad libertaria realmente anarquista. Pero en modo alguno era forzoso que Rusia tuviera que desarrollarse de acuerdo con líneas de capitalismo estatal. Contrariamente a las previsiones de Trotsky y Lenin, la revolución fue destruida por fuerzas internas, no por la invasión de los ejércitos extranjeros. Si el movimiento surgiendo de abajo hubiera continuado en <sup>con</sup> la línea de los primeros logros de la revolución, en 1917, una estructura social de facetas diversas pudo haberse desarrollado sobre la base del control obrero de la industria, y una libre economía inspirada por los campesi-

nos, y en el contraste vivo de ideas, programas y grupos políticos. En fin, Rusia no se hubiera visto aprisionada entre las cadenas del totalitarismo y Stalin no hubiera envenenado el movimiento revolucionario, preparando el camino al fascismo ya a la segunda guerra mundial.

El desarrollo del partido bolchevique hacía presumir estas consecuencias, dejando de lado las intenciones de Lenin y Trotsky. Al destruir el poder de los comités de fábrica en la industria, al aplastar al movimiento makhnovista, a los obreros de Petrogrado, a los marineros de Kronstadt, los bolcheviques garantizaban prácticamente el triunfo de la burocracia rusa sobre la sociedad rusa. El partido centralizado—una institución completamente burguesa—, se convirtió en el refugio de la contrarrevolución, en su forma más siniestra. Es decir, la contrarrevolución encubierta implícitamente en la propia bandera y en la terminología de Marx. Finalmente, lo que los bolcheviques suprimieron en 1921 no era una "ideología", o una "conspiración de los guardias blancos", sino una lucha elemental del pueblo ruso para libertarse de sus argolias y asumir el control sobre su destino. Para Rusia esto significó, la pesadilla de la dictadura de Stalin; para la generación de los años treinta significa el horror del fascismo y la traición de los partidos comunistas en Europa y en los Estados Unidos.



## EPILOGO

¿Cuál es pues la concepción de la actividad revolucionaria que nos sentimos impulsados a defender? Es la concepción que deriva de lo que los militantes no son, no pueden ser, ni deben ser en manera alguna: una dirección. Los militantes constituyen un núcleo de elementos activos reunidos en razón de un acuerdo ideológico profundo y que se dedican a luchar, a disipar las mistificaciones promovidas por las clases y las burocracias dominantes, o propagar la idea de que, los asalariados si quieren defenderse se verán obligados a tomar la suerte entre sus manos, a escala social, y que esto constituye la anarquía.

La madurez política se desarrolla a través de la experiencia y en la acción.

La acción de nuestra actividad no puede tener otro objetivo que el de apoyar, suscitar, clarificar y promover las luchas contra el sistema.

Todo movimiento revolucionario coherente debe partir de la simple comprobación de que; sea cual sea la manera en que trate de organizarse, el organismo que resulte no puede estar en contradicción con el proyecto revolucionario; el movimiento debe encontrar formas y estructuras de intervención que se definan y creen en la misma acción, revisando y criticando permanentemente estos elementos, para que nunca puedan cristalizar en dogmas absolutos. Por ello, nuestro funcionamiento debe estar basado en:

1)- Acción directa como forma de actuación; esto significa que la acción no será aplicada por representantes sino por el mismo grupo de los afectados.

2)- Revocabilidad de los delegados; poder efectivo de las colectividades: la asamblea, única fuente de poder. Toda tarea específica, debe estudiarse constantemente y ser estudiada por todos, para acabar con la idea tecnocrática de los especialistas y de la especialización en la revolución.

3)- La circulación permanente de las ideas y la lucha contra el monopolio de la información y del saber.

4)- Lucha contra todas las formas de jerarquización.

5)- Abolición en la práctica de la división del trabajo. Derribar los muros que dividen el trabajo intelectual del manual, y terminar asimismo con la división sexual en el trabajo.

6)- Autogestión de las empresas por los mismos asalariados, forma de acción que, de momento, no puede ser más que espontánea, pero que debemos preconizar como la más importante de las posibilidades revolucionarias.

7)-Comprender que la lucha revolucionaria no puede ser sino un juego en el cual todos sentimos el deseo de jugar, no entendiéndola como un sacrificio que tengamos que realizar, o un deber que nos hayamos de autoimponer.

Nuestra tarea esencial debe ser la de ir quebrantando las estructuras burocráticas tradicionales, tanto a nivel de las instituciones estatales, como a las que se dicen representantes de los trabajadores o de los revolucionarios. Nadie puede representar a nadie. La única fórmula válida de vinculación es la libre federación de individuos y grupos, y la libre confederación de federaciones libres.

Compañero-a: después de toda esta verborrea, únicamente queremos decirte: nosotros queremos y podemos cambiar la pretendida fatalidad de la sociedad autoritaria; no para los demás sino con los demás. Es para tí para quien haces la revolución; aquí y ahora.



# Inmoralidad del matrimonio

René Chaughí

Dos seres, un hombre y una mujer, se aman. ¿Pensáis acaso, que serán lo suficientemente discretos para no pregonar de casa en casa el día y la hora en que .....?. Pensáis mal. Esta gente no parará hasta que no hayan participado a todo el mundo sus propósitos: parientes, amigos, abastecedores y vecinos, recibirán la confidencia. Hasta entonces no creerán permitida la "cosa". Y no hablo de los matrimonios de interés, en los que la inmoralidad es flagrante, desde un principio; me ocupo del amor, y veo que, lejos de purificarlo y darle una sanción que no ha menester, el matrimonio lo rebaja y lo envilece.

El futuro esposo se dirige al padre y a la madre y les pide permiso para acostarse con su hija. Esto ya es de un gusto dudoso. ¿Qué responden los padres? Desocosos de asimilar su hija a estas damas tan nocivas, ridículas y distinguidas como ricas, quieren conocer el contenido de su portamonedas, su situación en el mundo, su porvenir, en una palabra, saber si son tontos serios. No hay otra expresión mejor para calificar a este tratante.

Ved a nuestro joven aceptado. No pensáis que la serie de inmoralidades está cerrada: no hace más que empezar. Desde luego, cada uno va en busca de su notario, y tiene en principio entre las dos partes, largas y agrias discusiones de comerciante en las que cada uno quiere recibir mucho más de lo que da; Dicho de otro modo, en que cada uno trata de hacer su negocio. La poca inclinación que los dos jóvenes pueden sentir el uno por el otro, los padres parecen empeñarse en desvanecerla, emporcándola y ahogándola bajo preocupaciones de lucro. Después vienen las amonestaciones, en que se hace saber, a son de trompetas, que en tal fecha el señor "...." fornicará por primera vez con la señorita "....". Pensando en estas cosas, uno se pregunta cómo es posible que una muchacha reputada y púdica pueda soportar todo eso sin morir de vergüenza. Pero, sobretodo, el día de la boda, con sus ceremonias y costumbres absurdas, es lo que encuentro profundamente inmoral, digámoslo en una palabra: obsceno. Apare-

co la prometida arreglada—como los antiguos adornaban a las víctimas antes de inocularlas sobre el altar—, con vestimentas ridículas; esta ropa blanca, y estas flores de azahar forman un símbolo completamente fuera de lugar fijan la atención sobre el acto que se va a realizar y se hacen insistentes de una manera vergonzosa.

¿Hablaré de los invitados? ¿Os diré su modo de vestir tan pretensiosamente abobado, sus errores tan risibles como enfáticos, sus maneras pomposas y tontas, sus juegos de una fealdad extraordinaria? ¿Os enumeraré todas esas gontos estiradas, empomadas, acicaladas, enfileradas, apretadas, rizadas, embutidas en sus vestimentas, los pies magullados en estrechas botinas, las manos comprimidas por los guantes, el cogote melido por el cuello postizo; Todo ese mundo preocupado de no ensuciarse, ansioso de engullir, "hambrones", venidos con la esperanza de procurarse una comida de esas que forman época en la existencia de un hombre gorrón?

¿Cómo pueden dos jóvenes resolverse, sin repugnancia, a comenzar su dicha ante una decoración tan abominablemente grotesca, a realizarse su amor entre esas máscaras y en medio de tan asquerosas caricaturas?

En la calle se corre para verlos: verdaderamente son cómicos; las comadres se asoman a las puertas, los chiquillos gritan y corren. Cada uno procura ver a la desposada; los hombres con ojos de codicia, las mujeres con miradas denigrantes; y por todos los lados se oyen soeces alusiones a la noche nupcial, frases de doble sentido que dejan entender— ¡oh...! tan finamente— que el esposo no pasará mal rato (eso si la tía está buena claro...). Y en ella, pobre muchacha, el dulce cordero, causa y fin de tan estúpidas bromas, cuyas tres cuartas partes llegan a sus oídos, sin duda alguna, ¿se esconde en un rincón del coche, tras la obesidad propicia de sus padres? ¡Oh, no...! Ella, entronizada descaramadamente en su coche, se asoma por la ventanilla sonriente para atraer la atención de la multitud. Y lo que la vuelve radiante de alegría, mucho más que el amor del prometido, y, la legítima satisfacción fisiológica, es considerarse mirada y envidiada, es burlarse de sus pobres amigos que permanecen solteras, es crear en torno de sí coles y tristezas, y es, en fin,

ostentar esa ropa impúdica que la ofrezca a las risas del público y debían llenarla de verguenza. Bien considerado, todo eso es de un caradura que subleva.

Después, en la alcaldía, donde oficia un señor cualquiera, sin otro prestigio que el concedido por el Estado. Tras la desolante lectura de un código idiota, humillante e insultante para la dignidad de los seres, a quienes se aplica, "el señor petisetre estatuido por la divina y terrena autoridad", pronuncia una elocución vulgar, "ambihenda", pedrestre, y se llegó a la meta, ... todo está terminado. He ahí nuestros dos queridos seres unidos por siempre jamás en la casa de los dioses terrenos. Sin esta algarabía preliminar, la fornicación de esta noche, habría sido una cosa impúdica y criminal; pero gracias, sin duda, a las palabras mágicas del hombrepetrimetreco, ese mismo acto es un acto sano, normal...!Qué digo!, un deber social. ¡Oh, misterio ante el cual aquel de la trinidad no es más que un juego de niños!

Por mi parte hubiera creído todo lo contrario. Parece que un joven y una muchacha que, por primera vez deciden ejecutar el acto sexual, antes se hubieran evitado la publicidad. El acto sexual, aún efectuado de incógnito, no deja de producir molestias (si es la primera vez, claro); con mayor motivo ante testigos. Parece que esto es inmoral, y que lo moral, y delicado, es ir a hacer confidencias a un cagatintas gracioso, obtener un permiso en papel barba con póliza, hacerse inscribir y numerar en un registro, como los caballos de carrera cuya descendencia se vigila, o..., el rebaño que se cruza sabiamente.

¿Cómo no ver que si el Estado requiere estas formalidades ultrajantes es sólo por su propio interés, a fin de no perder de vista sus contribuyentes, de conservarlos en el espíritu de borreguismo y de poder echar mano fácilmente en el futuro sobre sus futuros vástagos? Es preciso estar inscrito en alguna parte; y si no es en la alcaldía, será en la comisaría de policía. En lista, siempre en lista; no escapemos. El matrimonio es un medio de esclavizarnos a los hombres. Defendámoslo pues, como instrumento de dominación, como sostén del poder actual si queréis, pero no habléis de moral y chorradas por el estilo.

El cortejo se forma para ir a la iglesia. La sanción que el matrimonio civil no ha podido otorgar a la unión de dos jóvenes, ¿la dará el matrimonio religioso? Sí: a aquellos imbéciles aborregados—que por fortuna cada día son menos— que aún creen en Dios o en papamatas por el estilo. Pero no corre eso la mayoría de las veces. Y si entran hoy—en la iglesia—es para que la ceremonia sea más bella, la fiesta más completa; para ejecutar su ejercicio ante una luz más viva aún, más brillante.

Durante la Misa, las damas murmuran, secretan, ordenando sus vestidos, procurando hacer valer sus gracias y salpicándose mutuamente, haciendo carantoñas bajo las miradas libidinosas de los hombres. Estos, mirando de soslayo, lanzan frases gordas, sintiendo impaciencia por fornicar con tales mujeres sea como sea.

Y mientras el cura con cara serena amonesta a los nuevos esposos, el sacristán ataca los bolsillos de los asistentes.

Los jóvenes esposos han comenzado su unión mintiéndose a sí mismos y mintiendo a los demás, aceptando una fe que no es la suya, prestando el apoyo de su ejemplo a creencias que ellos juzgan quizás perjudiciales, seguramente erróneas y de las que se reirán entre bastidores. Este bonito debut de existencia en la mentira y la hipocresía parece ser la sanción definitiva de su unión el sello misterioso que la proclama santa e irrevocable. Esta moral es para nosotros el colmo de la inmoralidad. Guardaos de ella.

Una vez hartos los invitados, toman de nuevo los coches, a fin de exhibirse por última vez ante el público. "Mirad bien a la desposada vestida de blanco, señoras y caballeros"; todavía es pura, pero esta noche dejará de serlo. Es aquel joven gallardo quien se encarga de ello. Secaos los ojos, que nada cuesta." Por un momento se os invitará a palpar. Los viandantes todos se animan ante la vista de esta bestia curiosa, ... que sueñan poseer.

¿De cuánta inconsciencia debe estar dotada una muchacha para aguantar esto para que no le salte el corazón?

La jornada, tan bien comenzada, acaba aún mejor. Se preludia el ayuntamiento de cuerpos por medio de una costumbre gráfica general. Algunos, en vista de la boda ayunan muchos días. Se atiborran. El exceso de nutrición y de vinos, hincha el rostro, inyecta los ojos, embrutece aún más los cerebros, los estómagos se congestionan y también los bajos vientros. En un acuerdo tácito, todos los pensamientos convergen hacia la obra de reproducción; las conversaciones se vuelven genitales. Con volada frase, se reproduce la buena picardía de nuestros abuelos. Toda la deliciosa pornografía de los salones burgueses triunfa de nuevo. Las risas se mezclan a los eructos de la digestión penosa. Y todos los ojos acechan ávidamente la sofocación creciente de las mejillas de la esposa. En vano. La casta muchacha de frente pura, parece tan desahogada ante esta ignominia como un viejo senador en una casa de citas. No chista. Y gracias que a los pastres no venga algún cuplé picarresco a excitar de nuevo el erotismo de los convidados, y se haga necesario, en caso de la desposada, un simulacro de confusión. Parece como si se quisiera envilecer, a los ojos de los nuevos esposos, la función por la cual se han unido. Parece que quieran volverla bestial, como si fuese necesario que su realización se acompañe de una indigestión, como si fuese indispensable que una tan delicada e importante revelación se inaugure ante una asamblea de borrachos.

¡Ahí, mira, desgraciada, mira todas esas gentes honradas que devuelven por la boca el exceso de comida con que se atragantaron. Estas son las personas virtuosas que profesan una moral rígida. Están casados también; sus juergas han recibido la sanción legal y el sello divino; también los monos deformes que ellos engendran son de una cualidad superior a la de los demás. Míralos: este de aquí tiene toda una progenitura en la ciudad; el otro se hace fabricar sus herederos por el vecino de encima; el señor y la señora "X" se arañan diariamente; aquellos están separados; estos divorciados; este vejete compró a buen precio a esta hermosa muchacha; este joven se casó con esta vieja por su dinero; en cuanto a aquel matrimonio de allá, todos saben que prospera, a pesar de ser tenido por modelo, gracias a las escapadas de la acogedora esposa ya a los ojos complacientemente cerrados del marido. Y es quizás, el menos repugnante de todos, puesto que, al menos, estos dos se entienden perfectamente. Pero todas esas gentes son honradas; todas ellas se han hecho

inscribir. Sus porquerías han recibido el visto bueno del representante del Estado y del santón divino. Por esto son bien recibidos en todas partes, mientras que las puertas se cierran para aquellos que han cometido la torpeza, de amarse lealmente sin número de orden ni ceremonia alguna.

[La cámara nupcial...]: teóricamente, la desposada nada sabe del misterio de los sexos; ignora el fin verdadero, único, del matrimonio. Si sabe alguna cosa, es fraudulentamente y en menosprecio de las indicaciones maternas. ¿Qué vale, pues, entonces, este "sí" que ha dado ante una demanda cuya entera significación desconoce? ¿Qué caso hacen, pues, de su personalidad en todo esto disponiendo de su cuerpo sin su consentimiento, al dejarla, ángel de candor, flor de pureza, entre los brazos de un pimiento sobreexcitado e inconsciente? ¡Qué! ¿Vosotros daréis vuestra hija a un individuo cual uiera, que apenas es conocido, quizás plagado de vicios extraños, en el que la educación carnal, sexual, se ha hecho quién sabe dónde; vosotros la abandonaréis para que hagan de ella su fantasía secreta y ose sin prevenirla? ¡Pues esto es monstruosamente abominable! ¡Pues esto es una esclavitud peor que las otras, más infamante y más horrorosa que ninguna! ¿Qué pudo haber más forzado para una mujer, que ser poseída a pesar suyo? ¿El acto sexual no es, según que se consiente o no, la más grande alegría de las alegrías o la más grande de las humillaciones?

VUESTRO MATRIMONIO NO ES MÁS QUE UNA VIOLENCIA PÚBLICA PREPARADA EN UNA ORGIA INFAMANTE.

poralmente la voz de las ideas libertarias. A esta represión siguió una época, de intentos de reorganización esporádicos y no conectados entre sí, que, en la primera década del presente siglo culminarían en un deslumbrante resurgimiento de las organizaciones sindicales libertarias sobretodo en Estados Unidos y Sudamérica (adonde tuvieron que emigrar muchos de los supervivientes de la derrota del proletariado europeo), resurgimiento que cristalizó en esta misma época, en las formulaciones teóricas de Pelloutier y en el nacimiento del moderno anarcosindicalismo (CMT en España y Bulgaria, FORA en Argentina, AFL en Estados Unidos...)

Es en esta época cuando, oponiéndose a las posibilidades revolucionarias del anarcosindicalismo, empieza a surgir organizaciones de tipo sindical, creadas y controladas por los partidos políticos o el mismo gobierno. Ello es debido a que, en el caso de los partidos políticos, estos comprenden su incapacidad de llegar al poder si no poseen una organización amplia que los sirva como criadero de militantes y pueda apoyarles con sus votos en caso de elecciones (tenemos un ejemplo actual de este caso en las Comisiones Obreras). Mientras tanto los gobiernos, sobretodo a partir de la primera guerra mundial, ven la necesidad de una mayor planificación de la economía y esto es imposible dejando al libre albedrío del capitalismo privado, la fijación del salario que tiene que pagar a los obreros y el beneficio que quiere obtener en la producción. Este control estatal tiene su máxima expresión en los sindicatos fascistas de la Unión "Soviética",—desde Lenin hasta el presente—, Alemania—época hitleriana— Italia—época de Mussolini—, España—a partir de 1939. Ni siquiera mencionamos, por la evidencia de los casos, a los sindicatos militarizados de las dictaduras nazis de la hoz y el martillo.

Apartir del final de la segunda guerra mundial, las reivindicaciones sindicales referentes a la supervivencia física, van quedando absorbidas —a escalas distintas según el desarrollo del país— por la planificación estatal mediante: subsidios de paro, y/o, seguros de desempleo, seguros de invalidez, jubilaciones, seguros oficiales de enfermedad ...

La función defensiva de las organizaciones de tipo sindical, que hasta entonces había sido imprescindible, pierde su significación y pasa a conver-

# Negro, Rojo y Amarillo (1)

La llamada revolución industrial incorpora a las fábricas gran cantidad de personas que hasta entonces vivían de su trabajo en el campo o en los pequeños talleres artesanos, obligándolos a depender, para su supervivencia física, de un salario misero e inseguro. Esto fue lo que obligó a los que se denominó proletarios, a la creación de las primeras asociaciones obreras: sociedades de apoyo mutuo y cajas de resistencia; a finales del siglo XVIII. El desarrollo de esta lucha, llevó a la creación de organizaciones obreras, que basaban la supervivencia humana en la destrucción del Salario y del Estado. Nos referimos sobretodo, al carácter de las asociaciones nacidas principalmente en España, Francia, Suiza, Rusia, y los Estados Pontificios (marmolistas de C rram).

En poco tiempo, la necesidad de socorrer en forma eficaz a aquellos miembros de las asociaciones que se veían obligados a emigrar de uno a otro Estado debido a la represión ejercida contra ellos, sentó las bases del federalismo, cuya culminación fue la creación de la A.I.T. (Asociación Internacional de Trabajadores), la cual comitió el tremendo error de dar entrada a aquellos que, con Carlos Marx a la cabeza, propugnaban el establecimiento de un Estado dictatorial, regido por un escogido grupo de intelectuales redentoristas capaces, teóricamente, de conseguir desde arriba la "felicidad de los oprimidos". La sistemática traición de estos "admitidos", (que llegaron a casos como el de publicar en un periódico de Madrid los nombres de los miembros de la Alianza Bakuninista, para facilitar su detención por las autoridades) unida a las divergencias de carácter teórico, motivó dolorosas escisiones en el seno de la Internacional, y posteriormente por los autoritarios de nuevas supuestas internacionales obreras, (segunda, tercera y cuarta).

Con todo y esto, es necesaria la represión militar descomulgada contra el intento revolucionario de la Comuna de París, en 1871, para acallar tem-

tirse en una trampa empleada para limitar las posibilidades revolucionarias de las formas amplias de organización.

Con esto llegamos a la época presente, en la que la principal función de las centrales sindicales es la regulación del costo de la producción mediante el control a través de los convenios colectivos, de la subida de salarios. Se ha llegado a dar el caso de que, algunas veces, los conflictos producidos por la negociación de convenios han servido para eliminar los excedentes de material de las empresas.

La tendencia antes apuntada se desarrolla, y los sindicatos legales se convierten cada vez más en instrumentos directamente estatales. En un momento de esta evolución, los sindicatos llegan a convertirse en patronos propiamente dichos, contradiciendo así los fines para los que habían sido creados. En este caso, el subsidio de paro se convierte en un canje contra el proletariado militante, pues se pierde al cometer "delitos sociales". El Sindicato, compra fábricas, crea Bancos Sindicales y, cooperativiza la miseria de las empresas no rentables a la iniciativa privada, pasando sus empleados a depender del Sindicato para el cobro del salario. Estas funciones sindicales complementan la actual tendencia del capital a integrarse en el Estado; integración que no puede hacerse de forma directa por no ser políticamente rentable (Ejemplo: INI). Así se va creando una doble burocracia: mientras el estado se encarga de las funciones represivas, el capital se reproduce autónomamente mediante organismos reguladores constituidos por una burocracia propia, que en algunos casos es la del partido del poder.

Llegados a este punto creemos necesario aclarar que entendemos por Estado, no únicamente una de gobierno concreta, con unos aparatos represivos determinados, sino todo tipo de organización jerárquica, y por tanto autoritaria, tanto si está en el poder como si aspira a él desde cualquier tipo de oposición. El ejemplo más típico e importante de mini estado, es el constituido por los partidos marxistas: entidades jerarquizadas, con su aparato represivo, impuestos -cotización-,

